

Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL
CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año II

Badajoz 31 de Octubre de 1909

Núm. 21

SUMARIO: De re literaria, por Enrique Vázquez Camarasa.—Literatura Regional, por José López Prudencio.—Amor del poeta, por Antonio Reyes Huertas.—Páginas de un libro, ¿Se habla actualmente el latín?, por Ignoto.—Resposta á «Una opinión», A propósito de «Una requisa de cuadros en la catedral de Sevilla», por J. Gestoso y Pérez.—La vida en la Corte (Carta segunda), por un Cortesano.—Al Mar, por Carlos Servet y Fortuny.—Legajo, por Balduque.—Piego de Historia (conclusión), de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

DE RE LITERARIA

Con este mismo título, y por iniciativa del catedrático de este Instituto, D. Francisco Franco, tan ilustrado como amante de la clásica cultura latina, publicóse en el último número de Agosto, un poema en exámetros latinos compuesto por el P. Escolapio Jerónimo de Córdoba. Como aplauso desinteresado á la inspiración y conocimiento técnico del autor, (y digo desinteresado porque ni siquiera le conozco), y como comentario de las ideas que su lectura me sugiere escribo estas líneas que no tienen por ende carácter de crítica, pues ni ese es mi objeto ni dá para tanto mi pobre caudal literario.

* * *

Cuando en la Roma literaria enmudeció la voz de los Hortensios, Antonios y Cicerones y se apagó por consiguiente el eco de la Elocuencia misma que por aquella voz hablaba, empezó á enseñarse el divino Arte por medio de indigestos compendios en los que la enseñanza de la verdadera elocuencia estaba por completo ausente y sólomente se exponía la explicación de los términos retóricos, como si «á un deseoso de aprender pintura dice á este

mismo propósito Mayans y Siscar (1) le explicasen sólo el uso de los colores.» Y como aquella enseñanza basada sólo en el mecanismo frío de la Retórica, prescindía del estudio de los grandes modelos y de la práctica en ellos calcada, la elocuencia romana decayó lastimosamente, perdiéndose la brillante tradición de aquellos oradores que habían conseguido levantarla hasta las cumbres resplandecientes de la misma oratoria helénica. Causas análogas, combinadas con otras de diversa índole que no es del caso exponer ahora, han dado al traste en España con los estudios de Humanidades en general y especialmente con aquella floreciente cultura latina que difundía sus influencias en toda Europa por la erudición de aquellos atildadísimos humanistas, empapados en la lectura y en la libre y razonable imitación de los clásicos, y que llegaron á formar brillantísima legión: Arias Montano, Nuñez, Sánchez de las Brozas, Granada, Matamoros, Nebrija, Morcillo, Ramos y Vives, de quien el mismo Erasmo escribió aquellas tan significativas palabras: *Vives noster in mansuetoribus litteris sic versatur ut hoc saeculo vix alium norim quem, ausim cum illo committere.* (2)

No desdeño yo, ni mucho menos los legítimos progresos filológicos, ni algunos de los nuevos métodos para la enseñanza del Latín; lo que lamento es que descuidando la práctica, resorte el más poderoso para el provechoso aprendizaje de las lenguas, se atiborre, oscurezca y confunda la mente de los que lo estudian con una serie de disertaciones y filológicas sutilezas que estarían muy bien como complemento y perfección después que se supiera traducirlo, hablarlo y escribirlo siquiera medianamente, pero que como base para estudio y más como contenido único del mismo, es completamente inútil, cuando no perjudicial. El desconocimiento práctico de la hermosísima lengua el Lacio entre nosotros, aun entre algunos de aquellos que por altísimas razones debieran con más amor y entusiasmo cuidar y realzar sus tesoros, es un hecho que por lo claro, no necesita demostración. Y en esto sí que quisiera yo que nos *européizáramos* un poco, y dejando á un lado la bár-

(1) Retórica. Prólogo.

(2) Como demostración de la rapidez con que por Europa se propagaba la erudición clásica de nuestros latinistas, basta recordar, por ejemplo, la prontitud con que se sucedieron las ediciones y traducciones de los diálogos del mismo Vives. Apenas escritos (1539) se hizo una edición de ellos en París, á la que siguieron inmediatamente otras en Colonia, Berlin, Venecia, Varsovia, y algo más tarde (1578 y 79) otras en Lyon y París.

bara creencia de que ese género de estudios sólo debe ir vegetando como planta marchita, símbolo de ya fósiles arrestos científicos en las aulas eclesiásticas encauzáramos nuestra actividad intelectual en este punto por las corrientes difundidas en la Europa literaria. El estudio práctico que en ella al Latín se dedica es verdaderamente digno de imitación. Las ediciones francesas de autores latinos, especialmente de Cicerón, analizados y comentados con amorosa solicitud, los diccionarios poéticos, por ejemplo el *Gradus ad Parnasum* de Noël, los libros de vulgarización latina de todo género, como los diálogos de Pontanus y otros trabajos análogos realizados en la nación vecina; el *Thesaurus linguae latinae* publicado en Alemania, la revista *Vox Urbis* publicada en Roma, el periódico *Civis romanus* de Limbach, el certamen poético de Amsterdam en el que anualmente se premia la mejor composición latina, las ediciones populares de la Eneida, odas de Horacio, etc., esparcidas por toda Inglaterra, demuestran bien á las claras la importancia que en esas naciones al estudio de la lengua latina se concede, y el carácter eminentemente práctico de su estudio.

* *

No puede sin embargo negarse que en estos últimos años se han hecho entre nosotros algunos laudables esfuerzos para reanimar, resucitar mejor dicho la muerta afición á esos clásicos estudios é imprimírle la dirección que acabo de apuntar. Prescindiendo de las colecciones y otros libros algunos muy notables á ese fin encaminados, recuerdo á este propósito cierta revista latina que se publicaba no ha mucho (ignoro si aún se sigue publicando) en el Seminario de Barcelona, titulada *Commentarius Scholaris*, no de la importancia de la romana *Vox Urbis*, pero que honraba altamente á los profesores y discípulos que en ella colaboraban. ¡Qué abundantes y provechosos frutos reportaría en el terreno literario la fundación de una publicación análoga en cada uno de los Seminarios españoles! Pues á esos esfuerzos generosos ha de sumarse y más que como esfuerzo, como triunfo, el poema latino del P. Córdoba. Porque triunfo es, y triunfo espléndido el presentar una composición que por la inspiración que en ella campea por la lectura de poetas clásicos que supone, por el manejo facilísimo de la métrica, por el conocimiento que arguye de algo mas

hondo que la métrica, la naturaleza del verso latino, marca una orientación á los cultivadores de este género de estudios é indica que no ha desaparecido del todo aquella magnífica línea de Humanistas de nuestras edad dorada que triunfaban en los campos de la Literatura con las armas del ingenio, como triunfaban nuestros tercios en los campos de batalla con el empuje de la espada vencedora.

Constituyen el asunto del poema las peripecias propias de una corrida de toros. En insuperables exámetros ha tratado este mismo argumento otro español contemporáneo, Robles Alabern, premiado en el certámen poético anual de Amsterdam (1). Pero no desdicen á su lado los del P. Córdoba. Los más insignificantes pormenores de la fiesta nacional encuentran felicísima expresión en la castiza erudición fraseológica del autor. El cartel anunciador sujeto al patrón de esa clase de carteles, pero escrito en la forma latina más correcta, es un lindísimo ejemplo de lo que digo. El estilo general de la composición dice bien á las claras que el poeta favorito del autor debe ser Virgilio; pero Virgilio no leído superficialmente, ni servilmente imitado, sino convertido *in succum et sanguinem*. Es, en suma, una preciosa obra á la que, sin que á ello se oponga algun que otro verso duro y menos claro, inevitable después de todo en esta clase de trabajos, puede con razón calificarse de joya literaria. Yo, pues, desde las columnas de esta revista envío mi más sincero aplauso al cultísimo Escolapio (á quien repito que no conozco) y ojalá cunda su ejemplo para esplendor de las decaídas letras patrias.

ENRIQUE VAZQUEZ CAMARASA.

Presbítero.

(1) Del poema de Alabern, dice con justicia el Sr. Franco en su *Antología latina*: «...no tememos afirmar que por la pureza de la frase, lo selecto de vocablos y la rotundidad de los períodos, es digno de figurar al lado de los modelos que nos ha legado la clásica antigüedad.»

LITERATURA REGIONAL

Concluía el artículo anterior afirmando que la *Comedia Pródiga* no era menos elocuente, para manifestar las audacias de su autor, en punto à separarse de los môdes más usados por sus contemporáneos en materia de procedimientos tènicos para tratar y desenvolver los temas dramáticos, que para poner de relieve aquella implacable inoxidabilidad en la censura de vicios sociales y acometividad adusta contra el ambiente contemporáneo, que suele distinguir à la inspiración extremeña.

Basta, para comprobar esta afirmación, con transcribir algunos de los pasajes más salientes, en este sentido, tan significativos por sí solos, que no necesitan apenas comentario.

Veanse las palabras que pone Miranda en boca de Olivenza, un rufian baladrón y cobarde que se encuentra y da à conocer con su antiguo colega, uno de los que se ocupaban en engañar y desbalijar al protagonista; y que le responde con otra soflama no menos significativa:

«Pues es verdad que señores
»Que os darán solo el comer,
»En no habiendooos menester,
»Como si fuese á traidores
»Si no á groseros pastores
»Que ni tienen ser ni maña.
»Y por esto aquí en España
»Nunca faltan salteadores.
»—Por Dios que lo has conocido
»Que de esa dolencia viene
»Que casi señor no tiene
»Hombre de bien á partido.

- » Si no que se está metido
- » Con solamente un rapaz
- » Diciendo que quiere paz
- » Y que en guerras ha espendido.
- » Mira como puede ser
- » Que hombre sane de esta plaga
- » Que aunque Dios merced le haga
- » No se la dejan haber.
- » Las indias quieren tener
- » Como lo propio so llave
- » Que en puerto ni en mar ni en nave
- » Ya no es posible caber,
- » De fuera del natural
- » Hacen al hombre salir,
- » Solamente por vivir
- » Y pasar por este mal;
- » Veisnos aquí cada cual
- » Puestos en cosas que cierto
- » Yo pensara de ser muerto
- » Si creyera hacer tal,
- » Tu por estas mancebias
- » Y nosotros salteando
- » A cuantos vamos topando
- » Con engaños y falsías,
- » Y con esto muchos días
- » Nos falta mantenimiento
- » Y sabe Dios el tormento
- » Que son estas burlerías.»

Y no se crea que estas palabras son un mero rasgo del carácter de estos personajes, que quieren disculpar su vida airada con el mal trato é ingratitud atribuida gratuitamente por ellos á los señores; yo lo consideraría así si fuera este el único caso en que se ven tales diatribas contra las clases elevadas; pero no hay tal cosa. Precisamente Felisero, el criado fiel y leal que el padre del protagonista manda al lado de su hijo, cuando este se despide de él, y en quien el autor pone el prototipo de criados juiciosos, cuyas palabras son siempre como los gritos de la razón contra las locuras del *Pródigo*, se expresa en una ocasión de esta manera:

- «Que ya no hay que creer
 »Ni que fiar en señores
 »*Que todos son robadores*
 »*Del sudor y padecer*
 »¿Cual hombre tan bien sirvió
 »Que de ingratitud no cuente?
 »Pues de servidor ausente
 »Ningun señor se acordó,
 »Ni al presente bien trató
 »Si no como de debido,
 »Piensa que ha de ser servido,
 »O lo servido negó,
 »Vereis hombres de servir
 »Ya viejos, encanecidos,
 »Pobres, tristes, consumidos,
 »Que no han de que vivir,
 »Que sin errar ni incurrir
 »En otra culpa ni vicio,
 »Por no pagar el servicio
 »Les vienen á despedir.»

Pero no es solo este el caso en que desata sus iras contra las ingratitudes de los señores para con sus criados; acaso esta insistencia en fustigar señores nos lo presentaría como un serviciario despechado (ya que tan poco sabemos de su vida) si no vieramos que no es este el único objeto de sus despiadadas censuras, en las que no perdona á ninguna clase social; ni al mismo rey.

Felisero, el mismo criado fiel de que antes he hablado, se ve en el caso de sacar á su señor de la carcel dõnde ha ido á parar por la arbitrariedad de un alguacil, el cual, encima, se hace pagar á sí mismo y al carcelero el dejarlo salir; y al considerar toda esta corrupción y venalidad de la curia, prorrumpe en estas palabras:

- »¡Oh justicia divinal!
 Que tal se sufra y consienta
 Que cautelas tenga á renta
 Así la vara real;
 Y que nos hunda este mal
 No es maravilla so tierra,
 Pues de este nace la guerra,

Ques la landre universal,
 Mas si Dios por lo debido
 El pago y pena acá diese,
 De tal hombre que así fuese
 Que cuchillo fuera ido,
 Que por codicia movido
 Vino á quebrantar su ley,
 Por no guardar la del Rey
 Que le tiene prometido.
*Mas la ley es por demás
 Cuando el rey que la establece
 No la guarda, ó la descrece
 Echandolo todo atrás.»*

Excusado es decir que quien de tal manera y con tanto desenfado y audacia arremetía contra el más alto poder civil, entonces tan pujante como indiscutido, no habría de tener miramientos para emprenderla con los vicios y lacerías de los eclesiásticos, lugar comun de las sátiras de aquel tiempo, sobre todo para el grupo de los *erasmistas* que en España tuvo tan gran popularidad y preponderancia por algun tiempo, y con el cual tenía indudables afinidades nuestro poeta, como las tuvo Torres Naharro, sin que por esto sufriera el más leve menoscabo la ortodoxia de estos escritores.

He aquí cómo, aun sin venir muy á cuento, mete el citado Feilsero en sus anatemas á los eclesiásticos, al proseguir aquella filípica que comienza por las corruptelas curialescas:

«Miro dos mil falsedades
 » Que en este mundo se tratan
 » Que por cobdicia se matan
 » Y destruyen las cibdades;
 » Desta nacen las maldades
 » En mentir y perjurarase
 » De que vienen á infernarse
 » *Hasta los frailes y abades.»*

Lo cual no deja de ser muy comun en los poetas de aquel tiempo y con mucha más virulencia en muchos casos, como es perfectamente conocido para quien siquiera haya hojeado algo

la literatura de entonces; pero nuestro placentino no se queda en eso, sino que apunta al blanco preferente de los *erasmistas*, cuando la vieja Briana, especie de Celestina bastante bien delineada, sin llegar al plagio, en los consejos zalameros de marrullurías que da á los dos *bravos* que va á ofrecer de criados al *Pródigo*, para combinarse con ellos en el desbalijamiento de este, termina su plática con estas palabras significativas:

«*Que al cabo con la cruzada*
»*Todo se viene á absolver.*»

Este era el objeto predilecto de las diatribas *erasmistas* mucho antes que estallase la Reforma, y en estos poetas no significa, aun después de haberse propagado ésta, como dije, ninguna tendencia antidogmática, sino más bien una celosa indignación contra los abusos simoniacos flagelados con encendida furia frecuentemente por los más austeros y ortodoxos moralistas de aquella época; nuestro poeta se indigna de que el imperio de la codicia extienda sus reales hasta aquellas esferas sagradas que quisiera ver impolutas de estas miserias, pero lejos de atentar contra los dogmas, los confiesa y acata creyendo que los equivocados son los que se figuran engañar á Dios con hipócritas arterías, y por eso pone en boca del repetido Felisero estas palabras:

«Es (la codicia) ya ley en fin guardada
»Por todos generalmente,
»En especial al presente
»Que la conciencia es volada;
»Mas para mí santiguada,
»Que en la gran pelletería
»*Nos veamos algun día*
»*O al pasar de la barcada*».

Lo cual no tiene sentido si no es una alusión á las rectificaciones que han de sufrir los errores humanos en la otra vida, *al pasar de la barcada* de Charon, alusión pagana que no tenía nada de particular en aquellos días en que tales referencias llegaron á tomar carta de naturaleza en el más corriente lenguaje, siendo consideradas solo como medio de expresión y no en su contenido místico, por lo que no era raro verlas aplicadas á las más árduas

a afirmaciones de la teología católica, cuando á ellas se aludía en las obras literarias, como lo demuestra la trilogía de las tres *Barcas*, del *Infierno*, del *Purgatorio* y de la *Gloria*, en la que como dice con su acostumbrado acierto el Sr. Menéndez Pelayo: « Ahuyentada la horrible pesadilla de la danza de espectros que » había asediado la imaginación de la edad media (en las *danzas » de la Muerte*) volvía el barquero Caron á surcar las aguas de la » infernal laguna, ejerciendo como en los diálogos del satírico » de Samosata, no solo el oficio de conductor, sino el de censor » agridulce de la tragicomedia humana, al modo de Menipo el cí- » nico y otros filósofos populares de la antigua Grecia», y en la refundición castellana de estas *Barcas*, hecha en 1539, sea ó no del mismo Gil Vicente; no deteniéndose las alusiones mitológicas en estas referencias á Carón, que llegaron á hacerse tan vulgares como un modismo perfectamente admitido y frecuentísimo, sino que llegaron á veces á extremos tan vituperables como aquellos en que incurrió Juan del Encina en su égloga de *Plácida y Victoriano* y otras mil que sería prolijo enumerar.

Acreditase, pues, por las muestras aducidas, que no se trata de un maldiciente vulgar y mal orientado que se complace málevolo en poner de relieve las lacras de las clases más respetables con propósito dañado de halagar las bajas pasiones de la plebe, que siempre ha encontrado gran deleite en estas diatribas malsanas, dígase lo que se quiera, porque es muy lógico y *muy humano*, como ahora se dice, que los de abajo sientan envidia, como los de arriba soberbia, y que, por tanto, se complazcan los primeros en atisbar los puntos vulnerables de los segundos para consolarse de su inferioridad mal conllevada.

Pero Luis Miranda no tiene en sus censuras tales objetivos; no son censuras socarronas é irónicas como las que suelen aparecer en los pastores de muchas farsas de aquellos tiempos y aun en los soldados y *bravos*, y en la gente maleante que manejan los escritores de aquel infantil teatro; son más bien lamentos, imprecaciones dolorosas, no resignadas, por la contumacia de la sociedad en que vive, para los vicios de que se queja.

Era sin duda alguna un espíritu agudo y observador y á la vez tierno y emocionable; había sido soldado por algún tiempo y los espectáculos de la guerra debieron impresionarle tan hondamente que no oculta su horror á ella ni en las coplas necrológicas á su amigo Villalva, donde dice clara y explícitamen-

te haber estado once meses en la milicia de donde no salió «sino al cabo con pecados», ni en cuantos pasajes tiene ocasión, como los que hemos citado; se conoce que, ante los horrores de la guerra, su espíritu observador busca las causas de esta «landre universal» y atina al señalar como causa de ella, en una ocasión, la codicia por la cual

«se matan
y destruyen las cibdades».

Y en otras la corrupción de las instituciones sociales encargadas de amparar el derecho y hacer justicia, admirándose y protestando de que

«Tal se sufra y consienta
»Y cautelas tenga á renta
»Ansí la vara real»;

sacando la consecuencia de que no es maravilla que este mal nos hunda «so tierra»

«Pues de este nace la guerra
«Que es la landre universal».

Hombre impresionable y de sentimientos delicados, se siente dolorosamente conmovido ante los desastres de la guerra, y su aguda penetración busca las causas á que obedecen esas catástrofes sociales, para anatematizarlas con toda la energía de su espíritu; así como, enamorado, como creyente sincero y fervoroso de los altos ideales de su fé católica, se lamenta de que la codicia, la mentira y los perjuros se extiendan hasta los *frailes y abades*; llegando, en sus diatribas, como ya hemos visto, á apuntar contra las simonías escandalosas que se perpetraban por entonces, pero en el tono de todas estas quejas, censuras ó imprecaciones, se ve al espíritu recto, enamorado del bien y de los altos ideales, que sufre hondo dolor al verlos profanados por el ambiente corrompido de la sociedad en que vive, mas sin echarlo á chacota ni descubrir la ironía en que á veces se vislumbra, más la complacencia malsana en tener motivo para descargar el látigo de la sátira, que pena porque exista el tal motivo.

Algo menos cejijunto, pero no menos duro, intemperante y descarnado se manifiesta el placentino al censurar á las mujeres

de su tiempo en estas palabras que pone en boca de la criada *Florina*:

«Que no en balde arreboladas
 »Les place de parecer
 »Y quieren mucho hacer
 »Arcos y veinte ahumadas.
 »Las unas de muy fingidas
 »Mandan y hacen matar,
 »Otras vienen á gritar
 »De honradas y muy tenidas;
 »Y aciertan á estar paridas
 »De sus mozos y sirvientes,
 »Después ponense en las mientes
 »Destarse muy retraidas».

Y en estas otras que hace decir á la marrullera *Briana*:

«Todas saben no querer
 »Mas no todas defensarse,
 »Y todas saben negarse
 »Mas muy pocas fuertes ser.
 »Rapazas que aun á limpiarse
 »No saben ni son criadas,
 »Las vereis ya requebradas
 »Y á las ventanas pararse;
 »De los que pasan burlarse
 »Con sus risitas y señas,
 »Y no son tan duras peñas
 »Que no vengan á quebrarse,
 »Pues una vuelta quebrada,
 »Yo la espero á la que fuere,
 »Si á los nueve no pariere,
 »Que de otros será preñada.
 »Que la cosa es tan trillada
 »Que do se siembra una vez
 »Mi fé, hasta la vejez
 »Siempre quiere ser sembrada».

En suma, cuantas máculas sociales le salen al paso en el discurso de su obra, tienen el anatema duro de su conciencia infle-

xible; la viciosa educación de las mujeres, la **soberbia** y **descon-**
sideración de los grandes contra los humildes, las corruptelas
curialescas, la apatía del poder real para hacer cumplir las leyes,
la corrupción de los eclesiásticos y hasta las simonías tienen su
censura enérgica, pero no se queda en eso, sino que pinta con su-
bidos colores los estragos que hace cada una de las corrupciones
que denuncia, y les dice á los señores ingratos y crueles para sus
criados que

«Por esto aquí en España
»Nunca faltan salteadores»

y que

«Desa dolencia viene
»Que casi señor no tiene
»Hombre de bien á partido.»

Y á los curiales concusionarios, aquello de que no es maravilla
que este mal *nos hunda so tierra* y que de el

.....nace la guerra
Que es la landre universal.

A los clérigos avariciosos que ya lo verán, al pasar de la bar-
cada; y así en los demás casos.

Luis Miranda es, en este sentido, tan acerado y rectilíneo como
todos los extremeños, pero tiene su austera crítica la peculiar
característica de poner de relieve siempre la causa á que obede-
cen los males que lamenta y las consecuencias que producen los
vicios que censura, amenazando con ellas para poner de relieve
el castigo seguro que trae consigo la falta censurada.

Y ya que estas consideraciones respecto de Miranda han ocu-
pado casi todo el espacio de que me es lícito disponer en este nú-
mero, sin dejarme lugar para exponer lo que se me ocurre con
respecto á su paisano Carvajal, aplazaré esto para hacerlo con
algun mayor reposo en otro artículo, terminando este con dos
aclaraciones que me conviene hacer sobre lo que llevo escrito
acerca de esta materia.

Refierese la primera al propio Luis Miranda, de quien repeti-
damente he dicho que, con su paisano Carvajal, representan en
el desarrollo del teatro español anterior á Lope de Vega, el úni-
co esfuerzo que este arte hizo para no decaer de la altura á que

lo elevó Torres Naharro, porque toda la producción posterior á este ilustre extremeño, ó se vació en los moldes anteriores á él ó se limitaron á ser traducciones, casi, del teatro italiano, mientras que nada de esto ocurre con la obra de los dos placentinos, que continuaron laborando en la cantera del arte nacional, genuinamente español, descubierta por Torres Naharro.

Los Aristarcos, amigos de poner reparos á todo, que pasen la vista por estas páginas, estarán seguramente pensando en que Juan María Cecchi escribió en Italia una comedia titulada *Comedia d'il figliuol prodigo*, á la que, según Menéndez y Pelayo, debe mucho la *Comedia pródiga*.

La discusión sobre la cuantía y calidad que tenga esta deuda de la obra del placentino para con la del italiano, nos llevaría muy lejos y exigiría más espacio del que ahora puedo disponer; pero á mi modo de ver, esa deuda, caso de que realmente exista (lo cual podrá ser menos discutible, si supone á la *Comedia pródiga* escrita en la fecha de su edición más antigua conocida (1554), pero no tan poco, si se la supone compuesta en la fecha que con tanto visos de probabilidad opina el Sr. Cañete (1533 ó 1534)) no es de tal consideración que pueda representar argumento contra mi aserto, puesto que del mismo insigne maestro de nuestra literatura, que reconoce esa deuda, son estas palabras: «Mejor que estos adocenados imitadores que solo acertaron á reproducir lo más exterior y trivial de Torres Naharro, honraron su nombre otros poetas de positivo mérito, que... aplicaron á muy diversos argumentos las dotes de observación moral, de fino análisis, de sentido de la verdad humana que campean en los más felices bosquejos del poeta extremeño. *Entre estos más aventajados y también más indirectos discípulos hay que contar, EN PRIMER TÉRMINO, á dos ingenios de Plasencia, á QUIENES ENLAZA CON TORRES NAHARRO hasta el vínculo del paisanaje: Luis Miranda... y Miguel Carvajal*», palabras que dejan ver bien á las claras que el insigne crítico no considera dicha deuda de igual clase é importancia que las habidas entre los demás autores de aquellos tiempos y los italianos, cuyas imitaciones en nuestro teatro enumera pocas páginas antes precisamente para afirmar que no fué esa la manera que tuvo Torres Naharro de dejarse influir del teatro italiano. (1)

(1) Prólogo á la *Propaladia*—ed. Libros de Antaño.

No; la *Comedia pródiga* es una comedia genuinamente española en su factura y en el desenvolvimiento de sus tipos, que tiene más íntimo entronque con el arte de Torres Naharro y aun con la *Celestina* que con la obra del *Cecchi*, á la que, aparte la identidad del tema, cosa que no es ni de uno ni de otro autor, no la unen más que semejanza inevitable de episodios (alguno de los cuales, si se apura mucho, más lógico sería verlo iniciado en el cuento de *Lecco* y *Angiulieri* del *Decamerone*, que no en la obra del *Cecchi*) y coincidencias tan externas que no le restan nada á la intensa originalidad dramática, de caracter genuinamente española, que campea por toda la obra del placentino.

Y esto es lo que no se hacía por los autores de los años en que apareció la *Comedia pródiga*; porque todos se limitaban, ó á seguir escribiendo *farsas*, *misterios* y *moralidades* al modo de Encina, Lucas Fernandez ó Diego Sánchez, ó á arreglar y traducir comedias italianas y aun latinas, sin darles más novedad que la indispensable para acomodarlas á las condiciones escénicas del teatro contemporáneo, mientras que Miranda toma de los modelos las lecciones necesarias para combinar convenientemente la fábula y darle las proporciones y desenvolvimiento necesario; pero no copia ni traduce servilmente, sino que vivifica sus tipos con la sabiduría de la realidad ambiente de la sociedad en que vive, preocupándose más de esta copia de los trazos vivos y humanos que de seguir paso á paso el camino de los demás, en las obras leídas para inspirarse ó para estudiar los resortes técnicos.

Por esto el gran maestro de los críticos españoles, aun reconociendo la deuda apuntada, no tiene inconveniente en contar á nuestro placentino *en primer término* entre los continuadores de Torres Naharro, y el Sr. Cotarelo, que hasta ve en la *Pródiga* imitación del *Cecchi* casi en tanto grado como en la *Comedia de Sepúlveda* la hoy del *Nigromante* de Ariosto, confiesa «*que es superior á todas las obras del siglo XVI anteriores á Lope de Rueda*», lo cual indica la poca importancia que á la referida imitación conceden ambos críticos para aquilatar el mérito de la obra con relación á lo que entonces se acostumbraba á hacer.

En suma: que la relación, existente ó posible, indudable ó discutible, sea como quiera, que exista entre la *Comedia Pródiga* y la *Comedia d' il figuliol prodigo*, no quita valor alguno á mi afirmación de que Miranda y Carvajal son la única excepción en la decadencia artística que sigue á Torres Naharro, puesto que así

lo reconocen aun, estos críticos doctísimos que consideran esa relación como indudable.

La segunda aclaración que me proponía hacer se refiere al sentido que quiero darle á mis aseveraciones respecto de los caracteres típicos de nuestro genio literario.

No quiero decir que ninguno de esos caracteres se dé en otros artistas que no sean extremeños, sino que todos se dan, con rara y significativa constancia, en los literatos extremeños, siendo muy contadas las excepciones; y esto es lo que á mi entender constituye la fisonomía peculiar del genio literario de nuestra región, puesto que en los artistas de las demás regiones no se observa esta uniformidad en la ostentación de los referidos caracteres.

Me explicarè; yo no niego que entre los artistas andaluces, salmantinos, catalanes, valencianos, gallegos, etc., no haya algunos en que resalte alguna ó algunas ó tal vez, en algun caso, todas las condiciones que se advierten en los extremeños, pero esto no es en esas regiones lo comun y constante, como tampoco es en la nuestra, por ejemplo, la pulcritud severa del claricismo salmantino ni la abundancia brillante de los sevillanos, aunque no falten casos en que se encuentren; pero así como esas condiciones no son frecuentes en nuestra literatura, y por tanto no determinan rasgo alguno peculiar suyo, tampoco estas otras se dan en las demás regiones con la acentuada constancia que se encuentran en la nuestra.

La indisciplina con los cánones consagrados, el apego á lo nacional y castizo, la repulsión á lo advenedizo y exótico, la displicencia para con el medio ambiente, la acritud é inexorabilidad para con los defectos sociales, la audacia satírica para flagelarlas, aun en las más altas esferas, y la osadía para emprender caminos nuevos, se encuentran en todos los literatos extremeños, con tal constancia y uniformidad, que da fisonomía peculiar y acentuadamente personal á nuestro genio literario, cosa que me propongo seguir comprobando con estas modestas observaciones sobre la producción literaria de nuestra región.

J. LOPEZ PRUDENCIO.

AMOR DEL POETA

La quiso cual nadie jamás en el mundo
querer así puede;
¡tan feliz creyó ser el poeta
y sintióse él entonces tan fuerte
para esos combates
que en la vida del hombre se ofrecen!

En el sitio más hondo del alma
un altar él formó con laureles,
y el azul pabellón de sus sueños
cobijó aquel altar con sus pliegues,
y una estaua de virgen morena
ofrecióse radiante y solemne...

Era hermosa la virgen... sus ojos
rasgados y alegres
ardían en llamas de incendio de amores,
su boca mimosa brindaba sus mieles
y su cara era seda hecha carne
y era carne de nácar su frente.

Reinaba ella sola como única diosa,
del último templo los blancos dinteles
jamás traspasaron
las otras mujeres;
¡para eso el poeta tan hondo y oculto
aquel altar puso con luces perennes!

De rodillas delante del ara
recitó fervoroso y alegre
su rosario sin fin de cariños
bravíos y ardientes.

Y sintió bella y dulce la vida,

cantó más que siempre
 y en el yunque viril del trabajo
 dió dureza á sus carnes endebles
 y en el trágico ardor de la lucha
 á su espíritu dió nuevo temple
 y se irguió como atleta gigante,
 lo mismo que un héroe!

A.T.....

Y un día muy triste rióse á la fuerza,
 pugnó por ser fuerte
 y ahogar entre espasmos un ¡ay! doloroso
 de pena indeleble:

Vió solo el recinto, la virgen huida,
 había en el templo silencio de muerte
 y rotos girones revueltos en polvo
 quedaban de aquellos azules doseles.

Y el gozo finjido se fué disipando,
 y al alma volvieron martirios y fiebres,
 y luego más tarde los hondos silencios,
 y luego ese llanto bendito y clemente
 que tienen las almas sencillas é ingenuas
 cuando una esperanza querida se muere.

Y luego el poeta bebió sorbo á sorbo
 el cáliz de amores cargados de hieles
 y dijo muy triste,
 hundiendo en sus manos la pálida frente:
 ¡parece mentira que olviden las novias
 que tanto se quieren!

A. REYES HUERTAS.

PÁGINAS DE UN LIBRO

Traducción del francés

¿Se habla actualmente el latín?

El latín no es la lengua oficial de ninguna nación; pero gracias á los conocimientos que casi todos tienen de él (la Iglesia católica ha contribuido mucho á su extensión), viene á ser naturalmente, para las personas de nacionalidad diferente, una lengua auxiliar. En las cristiandades del Extremo Oriente, especialmente, es un precioso instrumento de comunicación. Desde los primeros tiempos de la conquista del Tonkin, fué útil á nuestros oficiales: «Misioneros portugueses habían convertido el Tonkin y la Indo-China, y en los primeros tiempos de la conquista, el latín servía á nuestros oficiales para entenderse con los sacerdotes y los jefes de los cristianos indígenas. Era un latín de cocina: «*Habeo navem quadraginta canonum*» (1).

M. Courant, profesor de chino en la Universidad de Lyon, cita á este propósito el siguiente hecho, muy reciente: la misión lionesa dirigida por M. Rocher, consul de Francia en Pekin, y que hablaba perfectamente el chino, estaba en camino, cuando M. Rocher cayó enfermo. Hubo necesidad de continuar el viaje sin él; fué reemplazado por M. Brenier, quien, como los demás individuos de la misión, no sabía el chino. Continuaron su camino, recurriendo á cristianos indígenas á quienes los misioneros habían enseñado algunas nociones de latín. El mismo M. Courant, siendo intérprete de la legación de Pekin, hubo de conversar en latín con un misionero católico español (2).

(1) Brard. *Información sobre la enseñanza secundaria.*

(2) Véase: *Revista azul* del 26 de Enero de 1901, artículo de M. Dumoulaud: *En camino hacia Pekin.*

Sin ir al extremo Oriente, fácilmente se encuentran, en nuestra vieja Europa, ocasiones de hablar latín. En los congresos internacionales, sobre todo, se deja sentir la necesidad de una lengua, en cierto modo, neutral, y que sea comprendida por todos. Cuestiones de rivalidad nacional impiden que se adopte, en semejantes ocasiones, la lengua de tal ó cual país. Se recurre naturalmente al latín. Refiere el doctor Macé, cómo en el Congreso médico internacional de Florencia, de 1839, fué elegido el latín como lengua oficial. Numerosos médicos, entre los cuales figuraba el doctor Bacelli, ministro de Instrucción pública en Roma, pronunciaron discursos ó dirigieron comunicaciones en latín. Parecía natural servirse, para tratar asuntos de medicina, de la lengua de Baglivi, de Morgagni; pero, detalle mortificante, por consecuencia de un conocimiento imperfecto en la lengua, los franceses presentes en el Congreso se encontraron en la imposibilidad de hablar latín, y hubieron de recurrir á su lengua materna. En el Congreso médico de Berlín, dos oradores, el uno italiano, Bacelli, el otro prusiano, Virchow, se expresaron en latín. En el VIII Congreso internacional de Higiene y Demografía, que se reunió en Budapest, el doctor Chantemesse pidió que se adoptase el latín como lengua oficial de los Congresos científicos; su proposición fué acogida favorablemente, y desde entonces, la Sociedad de Demografía publica en latín sus trabajos estadísticos (1).

Más recientemente aún, en el Congreso médico de Roma en 1894, el latín desempeñó un papel importante: discurso de apertura, comunicaciones, telegramas de felicitación, adhesiones en verso, brindis; todo fué en latín. En Lyon, para el congreso de Enseñanza superior de 1894, M. Roumeliaz, de la Universidad de Friburgo en Brisgovia, leyó una adhesión en latín (2).

Hace apenas treinta años, el discurso latino florecía aún entre nosotros en las ceremonias oficiales.

La Iglesia católica, cuya lengua oficial es el latín, se sirve de él en ciertas circunstancias. En 1889, con motivo de enviarse la birreta á los cardenales Richard, Foulon y Guilbert, cada uno de

(1) Los demás trabajos del Congreso se publican en francés, inglés, alemán y húngaro.

(2) En Setiembre de 1893, la Universidad de Upsal celebraba el aniversario de su fundación. Entre otros discursos latinos conviene señalar el del rey Oscar II.

los tres ablegados pontificios dirigió al Presidente de la República una alocución latina. (1)

Parece muy probable que entre nosotros, y conforme á los consejos de Rollín, se ha comenzado á no hablar ya latín de corrido en los colegios. (2)

Según Julio Simón, el colegio do Vannes, en 1830, no se contentaba con hacer traducir el latín á los alumnos, sino que los obligaba á hablarlo: ésta era la lengua corriente en la clase de filosofía.

El director del colegio no empleaba otra en sus comunicaciones oficiales con los alumnos. No decía: esta tarde habrá vacación, sino: *Vacabunt scholae serotinis horis totis*. En Poitiers y Chambéry, ocurría lo mismo.

Los alemanes han conservado este uso en sus Universidades; hay todavía discursos latinos en las inauguraciones solemnes de las facultades. Lo mismo sucede en Inglaterra: en Oxford, los candidatos á las órdenes pronuncian, para su recepción, discursos en latín. En Cambridge los nuevos doctores son arengados en latín. (3)

Según una opinión generalmente admitida, y de la que el mismo Brunetiere se ha hecho eco (4) todavía se habla de corrido el latín en Hungría, Croacia y Transilvania. Este es un error que conviene rectificar. Hase hablado latín en los expresados pueblos, desde Esteban el Piadoso, primer rey de Hungría, hasta 1848. Era la lengua de la Iglesia, del Gobierno, la lengua histórica de la constitución y de las leyes (5). Quién no recuerda el grito histórico de los hidalgos magiares: *Moriamur pro rege*

(1) Puede verse el texto de estas alocuciones en el *Diario oficial*, 11 Junio 1889. (a)

(2) Háblase todavía de corrido, según creo, un mal latín en algunos establecimientos de enseñanza católica. Los cursos de Teología se dan en ellos en un latín fácil y claro y en esta lengua se argumenta para ciertos exámenes de teología.

(3) Véase en Saint-Saéns *Retratos y Recuerdos* el pasaje en que el maestro cuenta su recepción en la Universidad de Cambridge como doctor en música. Da el texto de la alocución que le dirigieron en latín.

(4) *Revista de los Dos Mundos*, 15 Diciembre 1885

(5) En 1793, el comandante de un destacamento húngaro que hacia el empadronamiento militar en la ciudad de Iprés, dirige su proclama en latín.

(a) Monseñor Sibilia, ablegado apostólico, pronunció un discurso latino ante el Rey Alfonso XIII con motivo de la imposición de la birreta al Nuncio en estos reinos, Aristides Rinaldini. Pueden verse los periódicos católicos del mes de Abril de 1907 que reprodujeron la oración, modelo escogido del latín moderno. - (N. del T).

nostro Maria Theresa? Usábase el latín hasta en las relaciones comerciales (1)

Desde 1825, en las Dietas los diputados comenzaron á hablar en húngaro; sólamente los diputados croatas se obstinaron hasta 1848; pero á partir de esta fecha, el latín fué definitivamente remplazado por la lengua nacional. El origen de este error se descubre por sí mismo: cuando todas las naciones de Europa poseían y hablaban desde hace mucho tiempo una lengua que les era propia, Hungría había recurrido á una lengua muerta para sus actos oficiales y privados. Este hecho era bastante elocuente para que, aun después de su desaparición, quedará en la memoria de los demás pueblos.

IGNOTO.

(1) La Academia de letras de Hungría ha publicado un léxico de esta lengua, naturalmente diferente del latín clásico, *Glosarium mediae et infimae latinitatis Regni Hungariae... condidit Antonius Bartal, 1901.*

A propósito de "Una requisita de cuadros en la Catedral de Sevilla."

RESPUESTA A "UNA OPINIÓN."

Por razones de cortesía me veo obligado á contestar á la pregunta que el reputado artista señor don M. García Rodríguez se sirvió dirigirme, en forma atentísima, poniéndome mi pobre escrito con calificativos honrosos, que realmente ni él ni la persona de su autor merecen, pues ni pretendo en él hacer un estudio del tesoro pictórico de la Catedral, ni tuve otro intento que el de dejar un recuerdo de la mejora efectuada en pro de los intereses religiosos y artísticos. Una vez manifestado mi reconocimiento á sus deseos, y no á título de ilustrar á persona tan competente, que ni soy el llamado á ello, ni él lo ha menester, sino en correspondencia á sus atenciones, contestaré á su pregunta. Porque el cuadro de Tiziano ó Tintoretto, que representa á los soldados de Gedeón bebiendo en el río, he calificado como el mejor de la Catedral; porque en el sitio que ocupa es porque lo considero como el de más vigorosa entonación de todos los del templo; el más sóbrio, el más realista, el de conjunto más viril y grandioso, el de factura más magistral, realizado con más asombrosa sencillez.

No creo que se podrá tildar de oscura ni difusa mi respuesta; y una vez consignada, creo me obligado á escribir en apoyo de mi opinión unos cuantos renglones, que procuraré sean pocos, para no aburrir á los lectores de Ancho y Extremo.

Para establecer términos de comparación entre obras artísticas, esimo que se deberá empezar por elegir aquellas que entre sí tengan analogía; así, pues, descartando á los artistas primitivos (Sanchez de Castro, Mayorca, Núñez, etc.) y á sus inmediatos sucesores (Alejo Fernández, Cristóbal de Morales, Fernández de Guadalupe, etc.) vendremos á los grandes maestros, que

alejándose de los convencionalismos de pasadas tradiciones, entraron francamente por el camino de la verdad, de los insignes maestros italianos aprendieron los nuestros más celebrados, emulándolos, pero sobrepujándolos tan sólo uno, nuestro incomparable Velázquez, aunque también de aquellos aprendiera.

El cuadro de Gedeón habrá, pues, que compararlo con los de Roelas, Zurbarán, Murillo, Valdés Leal, Lucas Jordán, Alonso Cano, Herrera el Mozo y Ribera; entonces *en mi concepto*, ninguna de las obras de los citados puede sobreponérsele, pues ninguna tiene el *nervio*, la estupenda grandiosidad del lienzo italiano. Tal creo, sin pretender, por asomo, imponer mi opinión, ni aun siquiera que sea tenida en cuenta. Cada cual es dueño de pensar y de sentir lo que á bien juzgue, sin que yo ¡libreme Dios!, salga á una encrucijada armado de todas armas á hacer confesar como el inmortal manchego, que mi Dulcinea es la dama sin par, la más noble, bizarra y honesta de todas las conocidas.

Hay quien prefiere entre los artistas españoles á Murillo, otros á Zurbarán, otros á Velázquez; hoy están en primer puesto el Greco y Goya.....; cada cual tiene su ídolo; en los mercados extranjeros los tres últimos son los dioses mayores, á Murillo, p. e. *se le cotiza* muy por debajo, y todos aducen argumentos y acumulan pruebas, y yo creo que todos tienen razón; así, pues, fundándome en las razones expuestas, sigo estimando que el cuadro de *Los soldados de Gedeón* es el más valientemente y bien pintado de los que posee nuestra Basílica. Mucho ha ganado en el sitio que ocupa; pero sin han de apreciarse todos los estupendos pormenores de las figuras del fondo, que apenas si se vislumbran, hay que examinarlo, á luz abierta, como se ofreció durante algunos días en el Patio del Antecabildo á las miradas de críticos y de artistas, en los cuales produjo *unánime asombro* por algo más que por la ejecución de las armaduras soberbiamente pintadas, que revelan, según el decir del Sr. García Rodríguez, *á un maestrazo*, por el color de las carnes, por el dibujo correctísimo, separándome también de la opinión del ilustre artista, pues no creo que trató ni se preocupó en sacrificar la entonación de su cuadro á la pueril vanidad de hacer relumbrar cuatro piezas de acero.

Está, pues, contestado el señor García Rodríguez, como deseaba, y con mucho gusto, ciertamente, por mi parte.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

LA VIDA EN LA CORTE

CARTA SEGUNDA

Mi querido provinciano. Leo en tu carta última: «La corte tiene sobre sus vicios una franqueza que la honra, una gratitud que la eleva y una piedad que la enaltece.» Y estas conclusiones que con *franqueza* digo que me asombran, que te *agradezco* en nombre de todos mis convecinos, y que juzgo hijas de una falsa *piedad*, las fundas en tres *razones* nada menos: en lo innecesario que se hace en esta libertad cortesana ser hipócrita; en las pruebas de cariño tributadas á un artista eminente y á una madre aflijida, y en los múltiples recursos ofrecidos por la caridad en horas de pruebas para los infelices.

Vamos á cuentas.

Yo habito un modesto cuarto, que amen de estar pidiendo sana atmósfera y directa luz, tiene la ventaja de poder ser examinado con entera impunidad por el sinnúmero de curiosos que son mis obligados convecinos. Como aquí abundan los que no tienen que hacer ó no quieren trabajar y se ven en la dura precisión de aglomerarse bajo un mismo techo, estamos los que con ellos constituimos la *colmena* matritense sujetos á la inmediata vigilancia de una infinidad de abejas dispuestas siempre á clavar su aguijón en la epidermis del prójimo. Desde el modesto inquilino de la guardilla hasta la entrometida portera que habita un cuchitril á flor de calle, todos conocen los pequeños incidentes de mi vida, y con ellos tejen, como arañas infatigables, redes misteriosas, donde con gusto me verían caer. Tan detallada es la requisa á que me someten, que se sabe á la hora en que me levanto, á la en que me acuesto, á qué asuntos me dedico, cuáles son mis prospe-

ridades, cuáles mis fracasos, el género de mis relaciones, lo que como, lo que hago y hasta lo que pienso; y si no lo saben, lo inventan. Por ende, me veo precisado á guardarme, y no poco, de tantas lenguas como me murmuran, de tantos desocupados como trabajan en mi honra y de tantos jueces como me condenan sin oirme. Mi propio hogar me obliga á ser hipócrita.

Es lo que te decía en mi carta primera: «Aquí donde la inocencia es un mito, y una antigualla las costumbres patriarcales, solo respiramos los mefíticos vapores de la atmosfera social, que aprisiona cada barrio, cada calle, cada *casa*.» Y en la casa, en la calle y en el barrio, fragmento de la gran totalidad madrileña, es uno tan conocido, tan criticado y tan poco libre como en tus censuradas capitales de provincia.

Queda sentado, pues, que los habitamos en este podrido corazón de España, no tenemos esa *franqueza que nos honrara*.

Menos mal si fuésemos agradecidos y piadosos; pero ¡ay! cuán distantes estamos de merecer tan elevados títulos. No bastá adjudicárnoslos, el agobiar con laureles el inanimado cuerpo de un gran artista, ni llenar de cifra las columnas de los periódicos, ni firmar parte de salud en las antesalas de los palacios. Antes que de la virtud, tales actos son hijos de la vanidad. ¡Cuántos, si, cuántos habrán puesto su nombre en listas palaciegas, solo porque se trataba de un personaje real enfermo; solo por codearse con altos dignatarios de la corte, siquiera fuese en letras manuscritas! ¡Cuántos habrán favorecido las suscripciones iniciadas para aliviar desdichas epidémicas con el único fin de verse en las columnas de un periódico al lado de una cifra vanidosa! Y ¡cuántos asistirían al entierro de personaje real por curiosidad solamente.

Al menos vosotros, al dar sepultura á un compatriota de relieve, á un artista ilustre, no mezclásteis con los honores debidos á la honradez y al talento, la miserable levadura del orgullo humano. Consultais vuestros corazones, apelais á vuestros sentimientos, no sois ingratos ni olvidadizos, y al digno ciudadano, al hombre ilustre, al modesto artista, le ceñis coronas en las que no hay una sola flor puesta por la vanidad. Todo es espontáneo, cariñoso y elocuente. ¿Podiera decirse lo mismo de los homenajes que Madrid tributa con frecuencia á políticos, artistas y hombres de ciencia?

No; pienses como pienses, digas lo que quieras, aquí la FRAN-

QUEZA es una hipocresía hábilmente disimulada; la GRATITUD, una palabra hueca, y la CARIDAD un sepulcro blanqueado».

Quiero, no obstante, que hagas una excepción honrosa. Créé franco y leal, cuando como ahora te ofrezca su amistoso cariño, á

UN CORTESANO.

AL MAR

Qué emoción tan profunda y verdadera,
Qué mágico y tenaz arrobamiento
Sentí al mirarte, ¡oh mar!, por vez primera.
Contenido el aliento,
Suspensa la mirada,
Absorto en tu grandeza el pensamiento,
Respirando tu atmósfera salada.
Hora tras hora y con afán constante
Seguí tu acompasado movimiento,
Al de un enorme pecho semejante.
Yo ví desde el musgoso acantilado,
Por tus eternas olas modelado,
Cómo lamías su roquiza falda,
Y cómo al fin en la lejana bruma
Se perdía tu manto de esmeralda,
Orlado á trechos de brillante espuma.
Yo escuché tu rumor, eco sonoro
Del beso que en tiernísima porfía
Imprimes noche y día
De la ancha playa en las arenas de oro.
Yo ví en tu corva espalda
Dejar sus blancas nítidas estelas
A las fugaces velas,
Bandada de palomas
Que agitando las alas dulcemente
Buscan su nido en las cercanas lomas.
Yo ví flotar cual gasa trasparente,
En la línea azulada

Donde juzga la vista equivocada
Que el cielo baja y tus caricias siente,
El humo del vapor, fuerte gigante
Que, con tus olas en perenne guerra,
Hace del barco audaz puente flotante
Que enlaza los extremos de la tierra.
¡Y al verte tan grandioso, mar bendito,
Apagué en tu vastísimo elemento
La abrasadora sed del pensamiento,
Que, como tú, también es infinito!

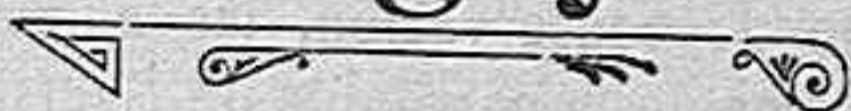
¿Pero por qué te agitas y embraveces,
Por qué tu hinchado seno se levanta,
Por qué tu verde espléndido oscureces,
Por qué tu grito al universo espanta?
Parece que se enrosca á tu garganta
La sierpe del enojo y de la ira;
Que un interno dolor tu sér quebranta;
Que contra el hombre la maldad te inspira
Porque en tí puso la atrevida planta,
Y que ansiando encontrar en duelo tanto
Algo supremo que lo exprese todo,
Con imponente modo,
Unes la queja, la blasfemia, el llanto,
El rugido, el insulto y la ironía
Del que aborrece, impreca, llora ó gime,
Lanzando con indómita energía
La ronca voz de tempestad sublime!
¡Oh mar, cuánto has cambiado!
Ya del acantilado
Manso no besas la roquiza falda,
Sino que la golpeas irritado;
Ya confundido en la revuelta bruma
Se destroza tu manto de esmeralda,
Y surgen fieros de tu corva espalda
Montes gigantes de nevada espuma.
Ya con ritmo sonoro
No vienes á cantar tu himno vibrante
De la ancha playa á las arenas de oro.
¡Como si fueras engañado amante

Cuyo afán vengador ni el ruego aplaca,
Te arrojas á su encuentro,
Pugnas con ella en pertinaz resaca,
Y al fin la absorbes en tu helado centro!
¡Ya no semejan cándidas palomas
Las débiles barquillas
Que en la siniestra cerrazón se ofuscan,
Sino yerto cadáveres que buscan
En vez de nido en las risueñas lomas,
Su lecho sepulcral en las orillas!
Ya el Vapor trás la niebla se ha perdido
¡Acaso en este instante
Tus ondas llenas, con feroz bramido,
Arrasan su cubierta, le destrozan,
Llegan á su caldera palpitante,
En apagar se gozan
La llama poderosa que le anima,
Y, abriéndose despues su ancha sima,
Tragan los mudos restos del gigante!

¿Y es esta tu bondad, mar preceloso?
¿Asi te agita el huracán furioso
Y la tormenta con su fuego insano?...
¡Eres imágen fiel del pensamiento,
Sino que en tí, magnífico Oceano,
La tempestad al fin es un momento,
Y eternidad en el cerebro humano!

CARLOS SERVET FORTUNY.

Legajo



Deferente á nuestro ruego el distinguido catedrático de la Universidad de Zaragoza, D. Manuel Serrano y Sanz, ha concedido la oportuna autorización para reproducir en ARCHIVO EXTREMEÑO su magnífico estudio sobre *Pedro de Valencia*, que muy en breve aparecerá en estas columnas, y por su delicada atención testimoniamos nuestra gratitud al sabio profesor á quien se debe tan hermoso trabajo sobre uno de los personajes de mayor relieve, nacido en la antigua Beturia.

* * *

Después de recorrer la mayor parte de los pueblos de esta provincia, los pueblos de esta provincia en que existen vestigios, rastros siquiera de antigüedad, de haber pasado por ellos otros tiempos, otras edades ú otras razas, llegó á Badajoz el ilustre arqueólogo D. José Ramón de Mélida, en el Ateneo de cuya capital, auxiliado del aparato de proyecciones, dió dos conferencias públicas, en las que ofreció á la ilustrada concurrencia lo que queda en la baja Extremadura de la dominación romana y árabe, de la época señorial, del período de la reconquista.

El Sr. Melida, que gran parte de los días que estuvo entre nosotros, los pasó encerrado en la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, tomando notas de los objetos curiosos y de mérito que en ella hay y de los manuscritos, pocos ciertamente, que allí existen, si se tiene en cuenta los que debiera haber, recibió de parte de la intelectualidad pacense las pruebas de distinción que tiene harto bién ganadas, por su modestia, por su talento y por sus vastos conocimientos en las ciencias de su predilección y de su renombre.

Nosotros esperamos con verdadero interés los hermosos traba-

jos que debén ser, que han de ser producto de las investigaciones históricas del Sr. Mérida, por toda la provincia de Badajoz.

* * *

Por nuestro ilustrado colaborador y amigo D. José López Prudencia, han sido copiadas, hasta donde hubo de permitirlo el estado de conservación, las numerosas lápidas que cubren los sepulcros de la parroquia de Santa María la Real (vulgarmente llamada de San Agustín), y que sirven de pavimento de la nave principal de dicha iglesia, de las capillas laterales y hasta queremos recordar que de la sacristía.

Aunque el interés de todas las inscripciones á que nos referimos no sea grande; aunque entre ellas haya algunas que no merezcan los honores de la publicación, creemos que el Sr. López Prudencio, que ha tenido una curiosidad que antes que él debieron tener otros, haría bién publicando esas inscripciones, aunque no fuera más que acompañándolas de cuatro notas de traducción y explicatorias del sitio que ocupan los sepulcros que cubren.

* * *

Por el mismo estimado compañero nuestro y por otro que no es menos digno de consideración de esta revista, por el M. I. señor D. Francisco Javier Sancho, se están llevando á cabo minuciosos trabajos de investigación en el importante archivo de la Santa Iglesia Catedral, habiendo tropezado, entre otras cosas, en el trabajo que llevan hecho, con el rastro de la existencia de Diego Sanchez de Badajoz, autor de una de las obras que venimos publicando en esta revista, el cual disfrutó en la Catedral por espacio de muchos años (de veinticuatro tenemos noticias que hay referencia en las actas del Cabildo), el cargo de racionero, que era una especie de beneficio en los tiempos en que Sánchez de Badajoz viviera.

Con esos datos y el conocimiento profundo que de nuestro poeta del siglo XVI tiene hecho el Sr. López Prudencio, se dispone éste á hacer un estudio de Diego Sanchez de Badajoz, que sirva de portada al tomo primero de las obras del mismo.

BALDUQUE.